



Teatro escolar y juego dramático como herramienta para el desarrollo de habilidades sociales

Millaray Neira Astudillo¹

El teatro escolar puede presentar grandes posibilidades para el mejoramiento de la autoestima, comunicación, confianza y creatividad de los estudiantes, a través del juego y la experimentación en grupo. La profesora Millaray Neira nos presenta aquí una experiencia de implementación de talleres de teatro en escuelas de sectores rurales de la Región de Valparaíso.

Durante el año 2008 partió el programa de talleres deportivos y artísticos del Fondo de Apoyo a la Gestión (FAG), organizados por la I. Municipalidad de La Ligua a realizarse en los establecimientos escolares de su comuna. Yo participé como monitora del taller de teatro escolar. Fue una experiencia enriquecedora y un gran desafío personal; el tipo de formato daba mayor flexibilidad que el trabajo tradicional de aula, pudiendo conseguir resultados más perti-

nentes y significativos, tanto para los estudiantes como para mí.

Para comprender mejor esta experiencia es importante contextualizar la realidad donde se aplicaron los talleres. La Ligua es una comuna interior de la región de Valparaíso. Consta de un centro urbano (la ciudad de La Ligua), algunas zonas periurbanas y una gran cantidad de localidades rurales tanto agrícolas como caletas pesqueras.

Los talleres se realizaron en distintas escuelas alrededor de la comuna. De esta forma yo viajaba durante la semana a distintas localidades como Trapiche (Longotoma), Valle Hermoso, Granadillo, Pichicuy, Placilla y La Ligua. La mayor complicación de esta modalidad era la discontinuidad en la frecuencia del transporte público en las zonas rurales. De lo agotador que esto podría ser, terminó siendo grato el compartir realidades diversas, y el cambio de

¹ Profesora de Historia y Ciencias Sociales, Colegio Santa María de La Ligua.



paisaje y de rutina: un lunes me podía ver en el campo como un jueves frente al mar:

En el diagnóstico realizado me percaté de que los niños y niñas, en los diversos lugares y en las distintas edades, presentaban timidez al momento de darles espacio para expresarse, lo que sumado a que gran número tenía dificultades de motricidad, limitaba sus posibilidades de comunicación en escenarios grupales. Por ello decidí orientar los talleres hacia la expresión y la creatividad como vehículos para fortalecer el desarrollo de la autoestima y la personalidad.

Dos personas influyentes en mi formación me llevaron a darle una impronta lúdica a estos talleres. Por un lado, mi padre, Enrique Neira (también profesor) me ha transmitido la importancia del aprendizaje a través del juego, un medio que para los niños y niñas es natural y que les permite la experimentación, el descubrimiento y la creatividad. Por otro lado, Amanda Lorca, mi profesora y directora en la compañía de teatro "El Farol" de la Universidad de Valparaíso, me traspasó la misma idea acerca del teatro: la experimentación y la expresión a través del juego. De esta forma veo que el teatro conjuga el arte, la alegría y el juego, lo que nos transporta a nuestra infancia y se transforma en un lenguaje común entre adultos, niños y niñas.

Partiendo de esta premisa, establecí un patrón metodológico común para los distintos talleres. Primero, instaurar un clima de confianza con los distintos grupos de estudiantes y conocerlos a través de juegos y dinámicas. Para ello, comenzábamos jugando a algunos que ellos ya conocían y luego agregaba juegos nuevos, tales como dinámicas de repetición y juego en equipos.

Posteriormente, cuando ya los niños se relajaban y confiaban en la propuesta de trabajo, pasaba a actividades de expresión corporal e improvisación. Empezábamos con ejercicios para fortalecer la motricidad gruesa; como por ejemplo la capacidad de mover partes del cuerpo en forma aislada (solo hombros, solo caderas, etc.). Después de avanzar en esto se realizaban juegos de expresión e improvisación como imitar situaciones cotidianas con elementos imaginarios o desarrollar breves actos a partir de un elemento particular. En general, la recepción era muy positiva, se demostraba la alta capacidad creativa de los niños y niñas a la vez que expresaban parte de su imaginario y visión de mundo; en esta etapa era raro que un grupo tuviese dificultades para poner en práctica el desafío, y en esos pocos casos, rápidamente se superaba contagiándose del resto. El resultado era habitualmente chistoso.

Después de esta etapa les presentaba distintas corrientes o tendencias teatrales, desenmarcando la asociación de que la expresión teatral solo se refiere al teatro de cámara y a la obra dramática. Entre las expresiones que utilizamos se encontraban los títeres, teatro de sombras, teatro circense, radioteatro, danza teatro, pantomima y también el teatro de cámara, las cuáles eran elegidas de acuerdo con la edad y con la cantidad de participantes en el taller; se las presentaba

y las practicábamos. La idea era darles propuestas y orientar el proceso a que finalmente el propio grupo fuera perfilando y escogiendo qué técnica y qué obra quería trabajar. Mi intención era ser solo mediadora.

Por último, realizábamos montajes teatrales adecuados a los distintos escenarios y realidades de los establecimientos. Así también, participamos en encuentros comunales organizados por el Departamento de Educación Municipal.

Algunos de los montajes fueron adaptaciones de dramaturgos dedicados a obras escolares, otros fueron de creación colectiva. Cuando trabajamos creaciones colectivas, por lo general, tomaba el rol de "hiladora de ideas", y los estudiantes eran los que daban las propuestas; como por ejemplo qué personajes de títeres querían representar o sugerencias para las rutinas de payaso entre otras. Sin embargo, en ambos casos las decisiones creativas fueron realizadas en forma conjunta e incluimos a la comunidad escolar para ayudarnos en el desarrollo de la utilería y elementos de escenografía. Esto varió según la dinámica de cada establecimiento. En las zonas rurales se involucró a casi toda la comunidad e incluso en Trapiche reforzaban las obras ensayando cuando yo no me encontraba allí y los apoderados participaban a través de la confección de vestuario y otros. En el caso de escuelas más grandes, por lo general, me articulaba con un docente o administrativo en particular que hacía eco del trabajo en el resto de la comunidad. Incluso, en el taller de Granadillo logramos realizar un panel en conjunto con el taller de pintura.

En todos los casos y en las distintas situaciones fueron grandes experiencias tanto para los estudiantes como para mí. La emoción y adrenalina

de las presentaciones, la sensación del aplauso y la alegría que esto producía en los grupos, fue sin duda el gran pago para estos pequeños artistas.

De todos los talleres, quisiera referirme a dos casos en particular, que destacaron por las repercusiones logradas en ellos: el taller de teatro para el primer ciclo de la escuela rural de Trapiche y el de la modalidad cuatro de integración en la escuela de Placilla. Esta modalidad se refiere a la constitución de un curso donde sus alumnos son exclusivamente miembros del programa de integración a cargo de una educadora diferencial, buscando una integración social con el resto del alumnado tanto en los espacios de recreación como de actividades escolares.

En la escuela de Trapiche el trabajo realizado fue completamente gratificante. En primer lugar, conté con el apoyo del profesorado y del director quienes favorecieron un clima laboral grato, lo que hizo que me sintiera en confianza. Recalco esto, porque creo que muchos sabemos que este elemento puede ser muy relevante para cumplir con la labor educativa. Junto a esto, los alumnos y alumnas mostraron un gran interés e incluso encanto frente a la propuesta de trabajo. Era un gran grupo de 40 estudiantes de primero a cuarto año básico, con quienes fácilmente lograba el control, pues se mostraban ávidos de escuchar y realizar las instrucciones. Siempre mostraron un gran interés en participar de los juegos y creaban situaciones muy divertidas en las actividades de improvisación. Tal vez, la ruralidad en que vivían y la distancia con varios estímulos tecnológicos facilitaban el encantamiento hacia la novedad que presentaba el taller.

Aprovechando este contexto rural, investigaron y trajeron distintos mitos y leyendas conocidos en la zona.

Como resultado de esta investigación, se escogieron las más representativas para formar un montaje de radioteatro, al que ellos decidieron llamar "Radio la Muerte" y darle un carácter de terror, que finalmente terminó imprimiéndole un sello muy gracioso.

De este enorme grupo, recuerdo especialmente a algunos alumnos de NBI que mostraban gran timidez y otros incluso dificultades de modulación y expresión oral. Estos niños y niñas demostraron problemas para relajarse e integrarse al desarrollo del taller; pero al final no solo se integraron, sino que fueron capaces de presentarse frente a un numeroso público desconocido en dos presentaciones en la ciudad de La Ligua; presentaciones que significaban para ellos trasladarse a un centro urbano y desempeñarse en un medio completamente ajeno, lo que les producía una gran emoción que enternecía: se preparaban como si fueran a presentarse en los mejores escenarios mundiales.

Similar fue el resultado de la experiencia con el grupo de modalidad cuatro de integración, donde trabajé con niños y niñas con diferentes problemas de aprendizaje. Como yo nunca había ejercido en el área de integración, fue fundamental el apoyo de la tía Carol, la educadora diferencial del nivel, quien me orientó en el manejo del grupo y la interacción con los chicos y chicas, apoyándome con su presencia, participando de las actividades y facilitando el desarrollo del taller.

A pesar de mis temores iniciales, el trabajo con este grupo fue muy fluido. Por medio del juego y el arte se logró un vínculo de comunicación. De hecho, el taller se realizó con la misma estructura metodológica que con el resto de los grupos. Realizamos juegos de mímica, de improvisación, títeres contruidos por ellos, teatro de sombra y juegos de

expresión corporal. Todas estas actividades permitieron que cada uno de ellos mostrara las características de su personalidad e incluso adoptara ciertos personajes que los identificaban, como Kevin, que siempre quería ser jinete o caballo mostrando su carácter dinámico y juguetón, o María Ignacia, que representaba a piratas como expresión de aventura y audacia.

Usando estos resultados, creé una obra de danza-teatro llamada "El viaje del jinete Julián", donde los personajes se construían de acuerdo a lo que cada estudiante había realizado en el taller. La historia narraba el viaje de un jinete que buscaba una tierra donde todos fueran iguales para no sentirse más excluido. En el camino se encontraba con múltiples personajes, todos diversos, sin encontrar lo que pretendía. Pero al final del viaje, pudo reflexionar que la diferencia no es negativa, sino que aporta alegría a la vida.

La presentación del montaje fue en la velada artística de fin de año. Fue muy especial el aplauso espontáneo que recibieron en el ensayo general de parte del resto de los alumnos y alumnas de la escuela. De igual manera, el resultado del montaje final fue muy significativo, en especial para las familias. El grupo se sintió orgulloso de lo logrado y consiguieron presentarse sin ninguna dificultad.

Estos pequeños logros simplemente reflejan lo significativo que puede resultar probar y complementar con medios y espacios alternativos a la cotidiana relación del aula. Y por supuesto, quien más ganó y disfrutó fui yo, porque pude desarrollar habilidades desconocidas, me relajaba y llenaba de energías con cada sesión y además me convertí en una niña más jugando y creando con ellos, tanto así que aun me emociona compartir estas experiencias.